



Arquidiócesis de Guatemala

1

## UN SOLO SEÑOR, UNA SOLA FE

**Carta Pastoral de Mons. Oscar Julio Vian Morales, sbd**  
Arzobispo Metropolitano de Santiago de Guatemala,  
con motivo de la apertura arquidiocesana del “Año de la Fe”

Queridos sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos y religiosas, consagrados y consagradas, laicos y laicas de nuestra arquidiócesis y personas de buena voluntad:

El pasado día 11 de octubre, inauguraba el Papa el Año de la Fe. Como Iglesia de Guatemala, nos unimos al Santo Padre en la celebración nacional que tuvimos en la Antigua Guatemala. Se trató ya de un hermoso presagio de todo lo que el Señor puede hacer en nuestros corazones, en nuestras familias y en nuestra sociedad durante este año de gracia. Hoy, nos disponemos a celebrar este mismo inicio en nuestra Iglesia arquidiocesana.

### **Un año de la fe no es “la fe de un año”:**

1. Celebrar un Año de la Fe no quiere decir que seamos llamados a creer sólo durante un año. Nunca somos, en efecto, creyentes “a medio tiempo”; somos, o intentamos serlo, creyentes de por vida. Hombres y mujeres que han sido “agarrados” por el llamado del Señor, que han realizado con él un encuentro vivo, y se convierten, así, en levadura que hace crecer la masa, en sal que es capaz de dar sabor a la tierra, en luz que ilumina tantas realidades de sombra y de muerte como pesan sobre nosotros. Queremos una fe viva y duradera, fiel y comprometida, provocadora de la conversión personal y social que necesitamos continuamente, para mostrar nuestra fidelidad a Dios Padre, que nos llama en Jesucristo, con la fuerza del Espíritu Santo.

Un año, dedicado especialmente a la fe, es, por tanto, como un prolongado discernimiento sobre la acogida que realmente, no sólo en teoría, prestamos al Dios Padre, que nos sale al encuentro en Jesucristo, y al Espíritu Santo que hace posible el que sea real y vivo este permanente encuentro con el Señor, dentro de la comunidad eclesial, que es la matriz donde nace y crece nuestra fe, y con el compromiso de continuar ofreciéndola al mundo concreto que nos rodea, del que nos reconocemos profundamente solidarios.

No queremos, por tanto, que este año de la fe sea como un paréntesis, en el que hagamos una especie de “aparte” para encerrar en él sentimientos pasajeros, celebraciones puntuales, entusiasmos efímeros, que no se prolonguen, después, en el día a día de nuestra vida creyente, cuando hayan pasado las celebraciones que, durante este año, vamos a intensificar a todos los niveles. Quiero compartir con ustedes mi sentimiento a que el Año de la fe pudiera convertirse en el Año de los “fuegos artificiales de la fe”. Estamos muy acostumbrados a celebraciones, hermosas, incluso impactantes. Pero nos cuesta entrar en “procesos de vida cristiana” que cuentan, cierto, con la celebración, pero que van más allá de ella. Afortunadamente, somos un pueblo, religiosamente, festivo. Pero, desafortunadamente, somos un pueblo, muchas veces, religiosamente, descomprometido. A nuestra experiencia de fe le falta, con frecuencia, la densidad vital que procede de la conversión auténtica al Señor. Se va extendiendo entre nosotros una fe teñida de sentimentalismo pasajero y va faltando aquella fe, sencilla, pero recia, que sembró nuestra bendita tierra de Guatemala de testigos del evangelio, que llegaron hasta derramar su sangre por Cristo.

#### **El Concilio Vaticano II, punto obligado de referencia:**

2. El Año de la Fe ha sido convocado por el Papa, al cumplirse los 50 años de la inauguración del Concilio Vaticano II y los 20 años de la promulgación del Catecismo de la Iglesia Católica.

Es preciso decirlo con claridad y firmeza: el Concilio Vaticano II no es un acontecimiento eclesial que haya quedado ya en el pasado. Un acontecimiento que haya que archivar en los anales de la historia, para hacer de él simples estudios y análisis acerca de cómo estaba y pensaba la Iglesia hace 50 años. ¡No! En la Iglesia, un Concilio nunca ha tenido una vida tan corta. Se equivocan quienes piensan que “estamos ya pasando página” de la experiencia conciliar y que, afortunadamente, estamos instalándonos de nuevo en las mansas aguas pre-conciliares en las que tan gustosamente navegaba la barca de Pedro. Lo mismo que se equivocan quienes están pidiendo ya un Concilio Vaticano III, pensando que el Vaticano II ya se nos ha quedado corto. Contra estas dos posturas contrapuestas, señala Benedicto XVI la “actualidad” del Concilio. En la homilía de inauguración del Año de la fe, después de hacer caer en la cuenta de los signos, incorporados a la liturgia para rememorar el inicio del Concilio, afirma Benedicto XVI que estos signos “nos permiten entrar profundamente en el movimiento

espiritual que ha caracterizado al Vaticano II, para hacerlo nuestro y realizarlo en su verdadero sentido". Nuestra fe personal y eclesial; nuestra pastoral arquidiocesana y parroquial, la vida de nuestras comunidades y movimientos... necesitan aún de la fecundidad del Concilio. Necesitamos todos, pastores y fieles, ahondar en la letra y en el espíritu del Vaticano II. Temo, no sin fundamento, que nos falta aún no sólo la recepción cordial del Concilio, sino hasta la misma lectura de los Documentos Conciliares.

### **Cristo, en el centro de nuestra fe:**

3. Mirando los ejes transversales del Concilio, el Papa ha subrayado con fuerza la dimensión cristológica de la fe: "El cristiano cree en Dios por medio de Jesucristo, que ha revelado su rostro. Él es el cumplimiento de las Escrituras y su intérprete definitivo. Jesucristo no es sólo el objeto de la fe, sino, como dice la carta a los Hebreos, "el que inició y completa nuestra fe".

Permítanme que subraye esta clara indicación del Papa. La presentación de Dios que percibimos en el ambiente religioso global de nuestra arquidiócesis, no sólo ni principalmente en el católico, tiende a olvidar esta afirmación tan sencilla: el Dios en que creemos es el que se nos ha manifestado en Cristo Jesús. El paso sencillo por los Evangelios es un camino imprescindible para saber quién y cómo es el Dios en el que creemos, poniendo en él nuestra confianza. No podemos hacer una lectura de la totalidad de la Biblia que no sea desde Jesús. En el camino de la fe, no podemos detenernos en el Antiguo Testamento, como si éste fuera una realidad cerrada en sí misma, a la que, después se añadió, sin relación interna alguna, el Nuevo Testamento. Jesucristo es el "culmen y la plenitud" de la revelación de Dios y, por tanto, el que da una unidad dinámica y sentido final a ambos Testamentos. Para nosotros, Jesucristo es el verdadero rostro de Dios. Me parece oportuno hacer este subrayado, dada la confusión imperante, entre nosotros, en muchas lecturas de la Biblia. En la adhesión personal a la fe y en la propuesta de la fe a los demás, es de suma importancia la "imagen de Dios". Sabemos, por experiencia, que muchos rechazos de la fe se producen por la "imagen distorsionada" de Dios que personalmente vivimos y que misioneramente proponemos.

Quisiera que todos compartiéramos esta preocupación, para darle una adecuada respuesta catequética en este año de la fe: vivir personalmente y ayudar a todos los creyentes a poner en el centro de nuestra experiencia de fe a Cristo, que es el revelador del Padre y el intérprete de toda la Sagrada Escritura. ¡Cuántos miedos, cuántas resistencias, cuantos rechazos internos y

externos de Dios desaparecerían, si en Cristo, llegáramos a descubrir y vivir el “auténtico rostro de Dios”!

#### **Mirar a las personas y al mundo desde los ojos de la fe:**

4. Tener los ojos fijos en Jesús, “que inicia y completa nuestra fe”, significa también, para nosotros, descubrirnos como personas y descubrir el mundo y la historia en la que estamos inmersos, desde los ojos mismos de Jesús. En Cristo, Dios nos ha manifestado su proyecto: que somos hijos y hermanos. Hijos de Dios en el Hijo Jesús y hermanos de todos, desde la filiación divina que se nos da como gracia. Desde esta fe, arraigada en el corazón, nuestra vida cobra un sentido nuevo: “nuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3,3); nuestra vida se hace entrega generosa a los demás, sabedores de que “quien busca su vida la pierde y quien la pierde la gana en plenitud” (Jn 12,25).

“Miren qué amor tan grande nos ha tenido Dios para llamarnos hijos suyos, pues lo somos” (1 Jn 3,1). Una relación filial con el Dios que nos ama como Padre. En ella se abre un horizonte inmenso de sentido para nuestra vida de creyentes. Sentirnos como hijos en las manos de Dios es confiar plenamente en quien nos ama. Significa agrandar nuestro futuro, incluso más allá de la muerte. Desde esa conciencia, decimos, confiados, con San Pablo: “¿Dónde está, muerte tu victoria; dónde está muerte tu aguijón?” (1 Cor 15,55). No somos una casualidad, no somos un sinsentido, no somos una pasión inútil, no somos un insignificante paréntesis de vida que inicia y acaba como si nada ocurriera y a nadie le importáramos. Somos y estamos “como niños en brazos de su madre” (Sal 131,2).

“Hijos y hermanos”. La paternidad de Dios no crea solamente relaciones verticales con Él. Se extiende también, horizontalmente, a todos los hombres y mujeres de nuestro mundo y de nuestros entornos más concretos y cercanos. A pesar de ser hijos del mismo Padre, no vivimos, sin embargo, como hermanos. En el Credo, confesamos de Jesús que “por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo”. La salvación tiene el horizonte de plenitud que acabo de compartirles, pero tiene también un horizonte de compromiso del que solemos huir. Escuchamos a San Juan que nos dice: “si uno dice que ama a Dios a quien no ve y no ama al hermano que ve, es un mentiroso” (1 Jn 4,20). Y es que “la fe –nos recuerda San Pablo – obra por medio del amor” (Gal 5,6). Ha hablado Benedicto XVI, en su homilía inaugural, de un dinamismo evangelizador que, comenzando en

Jesús, llega hasta nosotros y nos impulsa a llevar la buena noticia a los pobres, en sentido material y espiritual.

La fe, en efecto, no significa cerrar los ojos ante la realidad que nos rodea. Una fe así nos haría –en boca del profeta Isaías- “perros mudos, incapaces de ladrar” (Is 56,10). Estamos llamados a mirar con los ojos de la fe todo lo que nos está pasando, en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad arquidiocesana.

Eclesialmente, es incompatible con la fe todo tipo de desencuentro, de sentido de competencia, de rivalidades, de falta de comunión, de falta de formación, de falta de apertura misionera al mundo que nos rodea. Nos lo ha recordado también el Papa, al expresar su deseo de que “se reavive en toda la Iglesia aquella tensión positiva, aquel anhelo de volver a anunciar a Cristo al hombre contemporáneo” que supuso el Concilio y que quedó tan bien expresado en los documentos conciliares. Pido, por tanto, a todas nuestras parroquias, movimientos, comunidades, asociaciones y grupos que, dejando aparte tantas cosas que puedan producir relaciones frías y distantes, dentro de la misma Arquidiócesis, nos empeñemos en estudiar y vivir a fondo los documentos conciliares. Necesitamos tener “un mismo pensar, un mismo espíritu y un mismo sentir” (Fil 2,2), llegando a un lenguaje de fe, desde los documentos del Concilio, que nos sea más común a todos. La impresión que podemos estar dando es que creemos y trabajamos pastoralmente desde concepciones muy diferentes acerca del ser humano y de su necesidad de salvación, acerca de Dios, acerca de Cristo, acerca de la Iglesia, acerca de la salvación misma. La legítima diversidad en nuestra Iglesia no puede hacerse desde una aproximación selectiva al Concilio o desde posturas pre-conciliares o de huidas incontroladas hacia el futuro. El Año de la Fe se nos presenta a todos como una excelente ocasión para avanzar con alegría en una comunión de fe, pasada fielmente por la riqueza de la doctrina conciliar. Es en este contexto en el que el Papa nos invita también a un acercamiento al Catecismo de la Iglesia Católica, en los 20 años de su promulgación.

Socialmente, el Concilio nos enseñó también a descubrir y responder de manera actualizada y esperanzada a los signos de los tiempos. Junto a los signos positivos que descubrimos en tanta gente y agrupaciones, comprometidas en la caridad y la justicia, nos pesan, sin embargo, más los signos negativos que son, entre nosotros, verdaderos signos de muerte. Los últimos acontecimientos sangrientos son sólo la expresión de una situación de violencia que, desgraciadamente, va formando parte de nuestro vivir

cotidiano. El ensanchamiento de la franja de la pobreza extrema, el desempleo, la falta de expectativas reales y factibles para una enorme cantidad de jóvenes, que los lleva a la desesperanza y a deterioros personales, a veces, irreparables, la situación de tantísimas familias hacinadas en los barrancos de la capital o viviendo en extrema precariedad en las zonas rurales de nuestra Arquidiócesis, el gran número de indígenas de nuestra geografía arquidiocesana o aquellos venidos de todas las partes de nuestro país en busca de una vida mejor, que no llegan a encontrar... Todos estos y muchos más son anti-signos frente a los que la fe no puede permanecer pasiva. No sería bueno que la fe, que tantas de nuestras gentes profesan de una manera natural o, incluso, específicamente cristiana, nos llevara a la “esperanza pasiva” de quien espera que sea Dios quien lo haga todo. Mirando a la situación europea, convertida cultural y prácticamente, en una sociedad sin Dios, el Papa habla de una “desertificación” espiritual. También entre nosotros comienzan a existir estos “desiertos”, en los que Dios ha quedado fuera. Avanza, en efecto, por nuestras tierras un ateísmo práctico de quienes ya viven, como si Dios no existiera. Pero, en este Año de la Fe, no podemos olvidar que tenemos también a mucha gente situada, desde el punto de la fe, en el extremo contrario: la fe que el Apóstol Santiago la llama “muerta”, justamente por la falta de obras (ver San 2,17). En el repaso de la fe que tantas veces hacemos en nuestras reuniones pastorales, aparece, en efecto, como uno de nuestros problemas religiosos más fuertes, la falta de coherencia entre la fe y la vida. Se producen, así, como dos niveles en nuestra personalidad humana: el nivel en que nos manifestamos creyentes, especialmente con manifestaciones devocionales; y el nivel en que nos manifestamos como gente corriente, participando de criterios, comportamientos, actitudes y opciones propios de personas sin fe. Podría tratarse de verdaderos “desiertos”, cubiertos con “grama artificial” ¡Qué bien nos viene la advertencia del Papa: “Hoy, más que nunca, evangelizar quiere decir dar testimonio de una vida nueva, transformada por Dios, que así, indica el camino”.

#### **Año de la fe y Plan Pastoral Arquidiocesano:**

5. El Año de la Fe nos abre perspectivas hermosas: “la alegría de creer” que nos recuerda el Papa. Tenemos que sentirla, que agradecerla, que contagiarla. Nos tiene que dar un gozo indecible el sabernos hombres y mujeres, portadores de la “esperanza confiable” de la que hablaba también el Papa en Spe Salvi. El Padre que nos promete en Cristo la salvación es un

Padre que cumple lo prometido. Con palabras de San Pablo: “estamos ya salvados, pero lo estamos en esperanza”. Una esperanza que abre en nosotros un dinamismo de fe que nos hace decir con el Apóstol: “Sé de quién me he fiado y estoy seguro” (2 Tim 1,12).

Queremos ese clima de esperanza confiada para nuestra celebración del Año de la Fe. Y, en ese contexto, queremos introducir nuestros trabajos de actualización del Plan Pastoral Arquidiocesano.

Después de la preparación con las ayudas que ya estamos utilizando de LA PUERTA DE LA FE, de la lectura personal o en grupo de los Documentos del Concilio, de las referencias concretas al Catecismo de la Iglesia Católica..., las catequesis específicas para el Año de la Fe (que comenzaremos en enero) estarán fuertemente enraizadas en los documentos conciliares, teniendo como punto de partida las catequesis que toda la Arquidiócesis trabajó para la preparación del Sínodo. Conscientes de la necesaria discontinuidad por las circunstancias nuevas que vivimos, queremos, no obstante, subrayar también su continuidad. La finalidad de esta opción catequética es justamente que, como decía al principio, el Año de la Fe no se nos quede en un paréntesis eclesial. Al contrario, que sea un Año que alimente, con la fuerza irresistible de la fe, las raíces de nuestro ser y de nuestro quehacer pastoral.

Termino con una sencilla oración a la Virgen: “Madre de los creyentes, que siempre fuiste fiel, danos tu confianza, danos tu fe”.

Guatemala de la Asunción, 16 de octubre de 2012.

+ Oscar Julio Vian Morales, sdb  
Arzobispo Metropolitano de Guatemala